



El profeta Jeremías recuerda que la **alianza del Sinaí** falló, no por culpa de Dios, que se mantuvo fiel a sus promesas, sino del pueblo, que cayó en la idolatría.

Dios, de nuevo, toma la iniciativa y anuncia **“una alianza nueva”**.

El pueblo, hasta entonces, había interpretado la alianza como una serie de normas y preceptos que había que

cumplir sin rechistar.

Esto acarreaba tensiones, porque cuando se hace algo, por cumplir lo estipulado, de mala gana y protestando, la persona no es feliz.

La **“nueva alianza”**, añade el profeta, estará escrita en los corazones.

El objetivo de la misma no es cumplir lo estipulado, porque todos caeríamos en la misma trampa, sino **“conocer a Dios”** y amarlo con todo el corazón, de la misma manera que Él nos conoce y nos ama.

La fe, sin este **“conocimiento”** carece de sentido.

“Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado”.

Dios no es ajeno a los **sufrimientos humanos**

La entrega de su propio Hijo a la muerte es una muestra de su cercanía al hombre y de su amor misericordioso, que supera todas las contradicciones del mundo.



“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto”
(Juan 12, 24).

Jesús, con esta imagen, se refleja a sí mismo en su pasión, muerte y resurrección como signo extremo de amor.

Pero todos nos sentimos reflejados en él y en los motivos de su entrega hasta la

muerte.

Por eso **aceptar la cruz** por amor es la medida de la vida cristiana, que conlleva cansancios, contrariedades, desilusiones, sufrimientos, traiciones, soledad, orfandad, momentos de tinieblas...

Compartirla con los seres queridos nos adentra en la comprensión del misterio del sufrimiento y de una alegría más plena.

“Caer en tierra y morir” no es sólo el camino para dar fruto, sino también para salvar la propia vida.

Por el contrario, el egoísmo, el conservar la vida a toda costa, el desentenderse de todo y de todos para no ser **vulnerables**, nos pierde, nos arrastra a una vida estéril y vacía de amor.

Este mensaje tranquilizador del Señor nos invita a seguir adelante en proyectos que benefician a otros y nos permiten crecer en fraternidad.

Aunque aparentemente fracasen, no son pérdida de tiempo ni quedan en el cajón del olvido:

“lo que hicisteis con uno de estos, mis pequeños hermanos, lo hicisteis conmigo” (Mateo 25, 40).

Ofrecemos a continuación un testimonio muy actual, que cuestiona la mentalidad egoísta y utilitaria de amplios sectores de nuestra sociedad.



“Un hombre entrado en años llegó esa mañana al consultorio médico. Necesitaba curarse de una herida en la mano y tenía mucha prisa por reunirse con su mujer, enferma de alzheimer en una residencia de ancianos, y leerla un cuento.

¿Por qué se alarma -le preguntó el galeno cuando acabó de vendarle la herida- si su esposa no le conoce ya.

Por supuesto que ella no sabe quién soy, pero yo sé muy bien quién es ella.

La conocí en su plenitud y era una mujer extraordinaria. Siempre disfrutó mientras le leía cuentos y poesías en el desayuno.

Cuando el hombre se retiraba del consultorio, el médico, con lágrimas en los ojos, se dijo para sí mismo:

—Ésa es la clase de vínculo que anhelo alcanzar en mi vida.

El verdadero amor no se reduce ni a lo físico ni a lo romántico.

Es la aceptación de todo lo que el otro es, de lo que ha sido, de lo que será y de lo que ya no es”.



La Cuaresma está tocando a su fin y nos sigue aleccionando sobre las ventajas espirituales de dar la vida y sobre la necesidad de luchar contra el narcisismo y la autocomplacencia.

Tomemos nota.